

Hace un año fusilaron a Julian GRIMAU

UN GRAN PATRIOTA

Días y hechos que no se olvidan

La detención

«...Entraron en la Dirección General de Seguridad por la puerta de la calle de Correos. Le introdujeron en una habitación grande, del primer piso, cuyas ventanas tenían barrotes verticales... De allí fue conducido a otra habitación desprovista de ventilación, situada en un piso inferior. Le obligaron a desnudarse totalmente para hacer un registro minucioso en sus ropas... Le ordenaron vestirse de nuevo y, entregándole una hoja de papel blanco le exigieron que escribiera una declaración. Grimau dijo que sería muy breve y escribió: «Declaro ser miembro del Comité Central

del Partido Comunista de España y me encuentro en Madrid para el cumplimiento de mi deber como comunista».

Un policía le interpelló: ¿Soló esto escribe? — Sólo esto.

Se inició una espera que duró dos horas. Llegaron otros policías. Le amenazaron con fusilarle... Le esposaron y le hicieron pasar a otra habitación con muy poca luz... Sin mediar palabra, tres policías comenzaron a golpearle brutalmente. Julián se dio cuenta de que dirigían los golpes con preferencia a la cara y a la cabeza.

A partir de este momento todo es nebuloso. Algo así como si lo llevaran a través

de un pasadizo que comunicaba dos edificios y, al fondo, unos andamios de obras y unos obreros que transportaban sacos de cemento. Al final del pasillo como un escenario de crespone negro. No recuerda más Julián. Cuando recobró el conocimiento se encontraba en la clínica donde había sido operado.

...Cuando fue trasladado a la enfermería de la prisión de Yserías, el estado de Julián seguía siendo muy grave. La fractura del cráneo en el frontal izquierdo había quedado en tal estado que cualquier golpe ligero podía ocasionarle la muerte. Las extremidades inferiores estaban paralizadas... Las muñecas, fracturadas.

El juicio y la condena

Aquel día amaneció nublado en Madrid. A ratos, mansamente, una llovizna suave caía sobre los árboles de la Plaza de España, sobre los jardines del Palacio de Oriente. Un día de abril que no parecía ser un día de abril.

Julián ha sido despertado al amanecer. Ha encendido en seguida su primer pitillo... y se ha puesto su traje oscuro, su camisa blanca. Tranquilamente, como si tal cosa. El está dispuesto. El sabe cómo se va a desarrollar el Consejo de Guerra. Sabe que le van a pedir pena de muerte. Recuerda que el coronel Eymar le dijo, hace unos días: «...para lo que le queda...», cuando exigió ser nuevamente examinado por un médico.

...Siempre esposado, siempre con los dos números de la Guardia Civil a cuestas, le han encerrado en una habitación de la calle del Reloj... Mientras tanto, en la calle, la gente se ha ido agolpando.

...Durante dos horas, incansable, sereno, con voz tranquila y firme, Julián va a rebatir todas las alegaciones falsas, todas las preguntas capciosas, todas las calumnias que sobre él intentan verter... Todos los presentes quedan asombrados. ¿De dónde sacaba fuerzas Grimau?... Conforme iba pasando el tiempo su figura se agrandaba. Sus respuestas no eran respuestas, eran acusaciones que lanzaba contra sus inquisidores.

— Yo, señores del Consejo — decía con viva voz —, desde los catorce años lo que he hecho sin descanso es trabajar. Luché siempre por los intereses de mi pueblo... Nunca he matado ni torturado a nadie. No todos pueden afirmar lo mismo. Así, por ejemplo, yo presento unas lesiones que son el resultado de la tortura. Pues, contra lo que dicen ustedes, yo nunca he intentado, ni intentaré, suicidarme. Eso no va con mi temperamento.

Y así, durante dos horas largas, penosas. Así hasta la declaración final pronunciada con la misma serenidad, con la misma fuerza de siempre: «Ya les he dicho que he sido comunista, que soy co-

(Sigue en la pag. 8)



Fotografía inédita de Julian Grimau y su esposa Angelita.

El por qué de un crimen

No vió Julián Grimau despuntar el alba del 20 de abril de 1963. Antes del amanecer las balas franquistas segaron su vida. ¿Su culpa? Ser fiel a su pueblo y a sus ideales de justicia y libertad. Ser fiel a su Patria. Ha transcurrido un año y aún vibra el eco de la indignación que España, y el mundo, sintieron ante el asesinato.

¿Por qué este fusilamiento, casi al cuarto de siglo de haber terminado la guerra civil?

Esta pregunta brotó de los labios y de la mente de millones de personas de la Tierra.

La ejecución de Julián Grimau deliberadamente perpetrada por Franco era un intento de frenar por el terror el proceso de putrefacción de su dictadura, de contener, bajo la amenaza del piquete, la lucha ascendente de las masas del pueblo, de atajar el desarrollo y el impulso de las fuerzas de oposición a su régimen. Con la sangre de este patriota, derramada al cabo de 24 años del fin de la contienda, tramaba el tirano prolongar su reino restableciendo y ahondando las divisorias de la guerra civil, atizando los odios y el enfrentamiento entre españoles, cortar la corriente hacia la unión de los esfuerzos y voluntades para apartar de España el obstáculo principal hacia el progreso y la libertad: la dictadura imperante.

Franco mató en un alarde de odio y de venganza hacia un pueblo indómito amante de la libertad, del que Grimau era símbolo fiel.

En aquellos días, la prensa europea reflejaba la honda conmoción de la opinión de sus países y de las fuerzas políticas y sociales del más diverso signo. Estos titulares y fragmentos lo atestiguan: «Este crimen ha hecho revivir el espectro de la venganza de los vencedores de la guerra civil.» «Es un crimen político, una venganza con 25 años de retraso.» «Franco ha pisoteado la moral cristiana.» «Ser comunista no es ningún crimen, cada cual es dueño de pensar como quiera, pero en España este derecho no existe.» «Se han manchado con la sangre del valeroso pueblo español las últimas páginas del fascismo mundial.» «Ningún hombre puede permanecer impasible ante esta manifestación de odio y de impotencia.»

Franco consumó el crimen desafiando a la opinión mundial que pidió respeto para la vida de un hombre que no había cometido delito alguno. No escuchó la llamada del Papa Juan XXIII, de los cardenales franceses, de los prelados de diversos países. Ni tampoco de los prelados españoles.

No escuchó la voz de jefes de Estado, de eminentes personalidades políticas, hombres de ciencia. Permaneció sordo al clamor universal raramente igualado por su amplitud y unanimidad, tras el inicuo veredicto de muerte. Su torva figura de dictador fascista, vengativo y sangriento, resurgió ante el mundo en toda su desnudez.

En España, aquella mañana la noticia se extendió como reguero de pólvora. Julián Grimau, al que muy pocos habían visto pero al que todos respetaban y admiraban, había sido ejecutado.

En defensa de su vida habían intervenido millares de trabajadores, utilizando todos los medios a su alcance. Relevantes figuras de la intelectualidad. A pesar de su avanzadísima edad, el Presidente de la Academia de la Lengua, Don Ramón Menéndez Pidal, fue personalmente a Toledo a solicitar la intervención del Cardenal Primado en favor de Grimau. Sacerdotes, abogados, centenares de españoles lucharon por impedir el crimen. Pero el crimen se consumó.

Entre los obreros de las fábricas, en las obras, bares, autobuses y tranvías, en el hogar, se advertía el dolor en el alma, la cólera en las miradas y en las conversaciones. Hasta los muros hablaban. ¡Asesinos! decían esos muros en Madrid, Toledo y otros lugares con letras escritas por el pueblo. ¡Te vengaremos. Abajo Franco! gritaba una bandera puesta por manos del pueblo en el mismo balcón del ayuntamiento de una villa andaluza. Sobre los rótulos de unas calles, los obreros barceloneses colocaron el nombre de Julián Grimau.

Ha pasado un año y los pueblos no olvidan. Los millares de personas que gritaron entonces con toda el alma y en todas las lenguas ¡Franco asesino!, muestran continuamente su aversión al franquismo. La repulsa y la hostilidad hacia esta supervivencia fascista se acentúa.

En nuestro país, la sangre vertida no fue rémora sino acicate que impulsó la acción de los más amplios sectores del pueblo en la lucha contra tanta injusticia y tanto crimen. En el primer aniversario de este 20 de abril, el franquismo se debate en las últimas, corroído hasta las entrañas, arrastrado por la lucha del pueblo y por las contradicciones que le minan, hacia su fin inexorable.

Los ideales de libertad, de paz, de justicia por los que luchó y murió Grimau, prenden y progresan. El plomo franquista puso fin a una vida noble y generosa. Pero no es posible fusilar los ideales, aspiraciones y esperanzas que le animaron y que son los ideales y esperanzas del pueblo.

A JULIAN GRIMAU

Dijiste al hacha fratricida:

«Este será tu último golpe», y luego a los que te escuchaban con dolido estupor: «Seguid, unid las manos, destronad a la bestia»

Cuando suena a orilla de las sombras una música tan pura y verdadera, es que del muro martirizado una diadema está brotando, una diadema inagotable

como la sed del tiempo, como el ala del mar.

Puedes brillar tranquilo, tú lo sabes.

Estamos hechos para la tormenta, para el beso creador estamos hechos.

A tu fulgor, marchamos. Ya han crecido, al borde de tu sombra, arbustos jóvenes.

Ellos te llevan en los labios.

Vamos contigo a defender la primavera, contigo

a levantar la nueva casa.

Juan REJANO.

Está vivo su recuerdo en el corazón del pueblo



LOS TRABAJADORES ESPAÑOLES EN ZURICH. HEN RENDIDO HOMENAJE A LA MEMORIA DE JULIAN GRIMAU en el primer aniversario de su ejecución, colocando ante la fachada del consulado español su retrato, ante el cual desfilaron centenares de trabajadores españoles depositando claveles rojos. En Ginebra y Lausana se celebraron importantes actos conmemorativos.